NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 1 5/4/23 16:48

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 2 5/4/23 16:48

Newton Compton Editores

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 3 5/4/23 16:48

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Don't Wake Up*

© 2017, Liz Lawler. Originalmente publicado en Reino Unido
por Twenty7 Books, un sello de Bonnier Books UK Limited.
© 2023, de la traducción por Gemma Deza Guil
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-04-0
Código IBIC: FA
DL: B 2.015-2023

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Grafime Digital S.L.

Diseño de cubierta:
Sebastiano Barcaroli

Impreso en junio de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Liz Lawler

No te despiertes

Traducción de Gemma Deza Guil



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 5 5/4/23 16:48

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 6 5/4/23 16:48

Capítulo 1

La despertaron unos sonidos familiares. Le resultaban extrañamente reconfortantes, si bien su primer instinto fue incorporarse presa del pánico para comprobar qué estaban haciendo sus colegas. Oyó colocar instrumental sobre una bandeja de acero. Los monitores emitían pitidos regulares, había paquetes de vendas estériles abiertos y, al fondo, se escuchaba el siseo omnipresente del oxígeno.

Veía claramente la escena en su mente y sabía que tenía de levantarse, pero el sueño aún la vencía y le pesaban demasiado las extremidades para moverse. No recordaba haberse tumbado en una de las camillas desocupadas, debió de hacerlo en algún momento durante la noche para dormir un par de horas. Normalmente, la habría despertado un timbrazo del teléfono rojo o la crepitación persistente del transceptor. Normalmente, esas llamadas urgentes la habrían obligado a ponerse en pie y salir pitando antes de abrir siquiera los ojos. Pero aquel sueño la había dejado aletargada y le pesaban tanto los párpados que abrirlos era como desplegar piel endurecida.

Una luz intensa la cegó, se le anegaron los ojos de lágrimas y tuvo que entrecerrarlos para no deslumbrarse. Era una luz castigadora, dura, apenas distinguía el contorno de la lámpara. Una mezcla de confusión y alarma la puso en alerta y miró a su alrededor. No estaba en un cubículo. En su departamento no había focos como aquel; lo que tenían era pequeñas lámparas cenitales que podían taparse con la palma de la mano. No estaba en su departamento; estaba en un quirófano. ¿Qué diantres hacía allí? Lo que estaba claro es que no había entrado a echar una cabezadita. Piensa. ¿Había ayudado en alguna intervención de urgencia? ¿Había tenido que echar una mano? Era bastante improbable, pero no

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 7 5/4/23 16:48

inconcebible. Miró hacia abajo y se quedó helada. Tembló violentamente al ver su cuerpo cubierto con paños quirúrgicos verdes. Los ruidos de la sala se acallaron, el torrente de sangre en sus oídos era demasiado estridente para permitirle oír nada más. Tenía los brazos estirados y sujetados con velcro a los reposabrazos tapizados. Tenía un tensiómetro enrollado al brazo, justo por encima del codo derecho, y una sonda de pulsioximetría acoplada al dedo corazón. Sin embargo, fue la visión de dos grandes vías intravenosas insertadas en sendos antebrazos lo que más la asustó. Las agujas naranjas implicaban una restauración de fluidos agresiva, lo cual, en su mundo, era sinónimo de conmoción.

Tubos de goteros serpenteaban alrededor de postes metálicos de medicación intravenosa hasta perderse en bolsas de fluidos. Veía los pesados fondos de las bolsas transparentes colgadas sobre ella, pero únicamente podía especular acerca de qué líquido le estaban transfundiendo.

Descendió la vista más allá de los paños verdes de su pecho y abdomen y volvió a entrar en pánico al ver sus uñas de los pies pintadas de rosa elevadas en el aire. Comprobó que tenía los muslos separados, las pantorrillas apoyadas en los reposapiernas y los tobillos sostenidos en estribos: estaba tumbada en una mesa de quirófano con las piernas en alto. Por la sequedad de boca y la nebulosa mental supuso que no acababa de despertarse de un sueño natural, sino de uno inducido por la anestesia.

–¿Hola? –llamó intentando atraer la atención de la persona que manejaba los instrumentos.

El estrépito del acero continuó ininterrumpido; sin perder la calma, llamó más fuerte:

–¿Hola? Estoy despierta.

Dadas las circunstancias, le sorprendía lo tranquila que se sentía. Estaba asustada y nerviosa, pero sus conocimientos profesionales le permitían pensar en qué podía haber sucedido mientras permanecía tumbada a la espera de una explicación.

Había acabado su turno nocturno. Su memoria recuperó su último pensamiento consciente… Caminaba a través de la zona de estacionamiento del personal con su nuevo vestido vaporoso

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 8 5/4/23 16:48

y sus zapatos rosas para encontrarse con Patrick. De ese recuerdo infirió que debía de haber tenido un accidente. «Champán y rosas», pensó. Era lo que él le había prometido tras su larga jornada laboral. Champán y rosas y, si lo había interpretado bien, una propuesta de matrimonio.

¿Dónde estaba Patrick ahora? Debía de estar fuera, en el pasillo, caminando nervioso de un lado para otro a la espera de saber cómo se encontraba. Listo para abalanzarse sobre cualquiera que pudiera darle una respuesta. «¿Me habrán atropellado?», se preguntó. ¿Tal vez un coche que salía del aparcamiento demasiado aprisa y que ella no había visto mientras buscaba emocionada el coche de Patrick?

Le vino un vago recuerdo de ella tambaleándose sobre sus taconazos imposibles, con el pecho erguido y la barriga metida hacia dentro para lucir figura en su nuevo vestido. Y luego una ola de aturdimiento, las piernas flaqueándole y sus rodillas impactando contra el pavimento, un dolor en la nuca, una presión en la boca, falta de aire, asfixia y luego… nada.

Le invadió un temor que le retorcía las entrañas y se le entrecortó la respiración mientras intentaba ahuyentar el pánico. ¿Serían graves sus heridas? ¿Se estaría muriendo? ¿Era ese el motivo por el que no había nadie a su alrededor? ¿La habrían dejado allí para que muriera?

Su formación y sus instintos se activaron. Reconocimiento básico. Haz las comprobaciones. Técnica de primeros auxilios ABCDE. No, primero haz solo el ABC. Sus vías respiratorias estaban despejadas. No tenía mascarilla de oxígeno ni ninguna cánula nasal puesta. Respiraba de manera espontánea y, al tomar respiraciones profundas, no notaba molestias. ¿Circulación? El corazón le latía con fuerza, alto. Lo escuchaba en un monitor cercano. Pero ¿por qué tenía las piernas separadas? ¿Sangraba? Las fracturas pélvicas pueden ser lesiones muy serias. Pueden producir pérdidas de sangre incontrolables. Pero, si tal era el caso, ¿dónde estaban los cirujanos preocupados? ¿Por qué no le habían vendado la pelvis y se la habían estabilizado?

–¿Hola? ¿Me oye? –preguntó ahora en tono menos agradable.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 9 5/4/23 16:48

El tintineo de los instrumentos cesó. Movió la cabeza con cautela y no la sorprendió descubrir unos bloques y un collarín que la mantenían inmovilizada. Todavía tenían que descartar una posible lesión en la columna vertebral cervical. Empezó a irritarse. ¿Quién diablos estaba cuidando de ella? Le iba a echar una buena reprimenda. Si dejar que despertara sola ya era bastante feo, permitir que descubriera que tenía la cabeza inmovilizada, los brazos atados con correas y las piernas alzadas en el aire era una atrocidad. Podría haber entrado en pánico y haberse hecho una lesión gravísima o haber arrancado los chismes que la mantenían sujeta.

Escuchó el repiqueteo de unos zuecos en el pavimento acercándose. Y entonces, flotando en su visión periférica, vio una tela verde azulada, alguien vestido con una bata quirúrgica. Alcanzó a ver un cuello pálido y el borde de una mascarilla blanca, pero el resto del rostro, la nariz y los ojos, quedaban por encima de las intensas luces y le impedían distinguirlos con claridad.

Notó que los ojos se le llenaban súbitamente de lágrimas y rio con aspereza.

–Detesto los hospitales.

Su visitante permaneció en silencio, lo cual solo atemorizó más a su ya hiperactiva mente.

–Perdone por las lágrimas. Estoy bien… Solo dígame qué me pasa. ¿Riesgo vital? ¿Me cambiará la vida? Doy por sentado que sabe que trabajo aquí, que soy médico, así que, por favor, no me explique una versión suavizada. Prefiero saber la verdad.

–No le ha pasado nada.

La voz la sobresaltó, parecía salir de un altavoz. Pestañeó confusa. ¿Le hablaba la persona que tenía al lado o le hablaba alguien desde detrás de un pantalla de observación? ¿Estaba en la sala de tomografías y no en un quirófano? Era una voz masculina, pero de nadie que ella reconociera. No pertenecía a ninguno de los cirujanos a quienes conocía. Entrecerró los ojos para intentar distinguir mejor aquella cara con mascarilla.

–¿Es usted el médico o están en otra sala? ¿Estamos en la sala de diagnóstico por imagen?

–Yo soy el médico.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 10 5/4/23 16:48

Ostras, le fallaba la audición. Aquel hombre parecía estar a su lado, pero su voz sonaba distante, como una voz a través del teléfono. ¿Por qué no apagaba las puñeteras luces y se quitaba la mascarilla para hablarle como era debido? ¿Por qué no le cogía la mano al menos? Suspiró agitada.

–Entonces ¿no ha detectado que me pase nada malo?

–No le pasa nada malo.

Alzó la voz, impaciente.

–Escuche, ¿podríamos rebobinar? Exactamente, ¿por qué estoy aquí tumbada y por qué me han ingresado? ¿Qué dice mi parte de urgencias?

–Mire, no debería alterarse tanto. El corazón le late muy rápido. Tiene la respiración errática y sus niveles de oxígeno son solo del noventa y cuatro por ciento. ¿Fuma?

Desvió la mirada hacia el monitor cardíaco que había en un carrito a su lado. Vio cables sueltos y supo que estaban conectados a electrodos en su pecho.

–Escuche, no quiero ser maleducada. Probablemente haya tenido usted un día muy largo, pero me molesta un poco haberme despertado sola y haber descubierto de este modo el estado en el que me hallaba. Quiero dejar claro que no voy a poner ninguna queja, pero quiero saber quién es usted. Quiero que me diga su nombre y quiero saber qué sucede, y lo quiero saber ahora mismo.

–Bien, Alex –dijo él levantando en el aire sus manos con guantes de color lila, en las que sujetaba una grapadora quirúrgica–, para que quede bien claro, si no moderas tu lenguaje, voy a tener que sellarte los labios. Y tienes una boca bonita. Sería una pena estropearla.

Una ola de terror le dejó un vacío instantáneo en el estómago. Músculos rígidos, ojos abiertos, sus pensamientos, su ira y su voz quedaron paralizados.

–El mal genio no te va a ayudar –continuó él con voz serena.

«Champán y rosas –pensó ella–. Piensa en eso. Patrick. Piensa en él».

–Así está mejor. –Percibió la sonrisa en la voz de él–. No puedo trabajar con ruido.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 11 5/4/23 16:48

Distintas situaciones se reprodujeron en la mente de Alex como una película en avance rápido. Estaba en el hospital, en alguna parte. Alguien la encontraría. Alguien la oiría gritar. Aquel hombre era un loco. ¿Sería un paciente que se había escapado? ¿Un médico? ¿O alguien haciéndose pasar por médico? Era evidente que se había apoderado de uno de los quirófanos y ella… ella de algún modo se había cruzado en su camino. Su boca, la presión que había notado. Las asfixia tras caer de rodillas en el aparcamiento… Él la había llevado hasta allí. La había golpeado y luego la había asfixiado con un pañuelo. Seguramente la había anestesiado. Con cloroformo o éter…

–Te ruego que no grites –le advirtió él, leyéndole el pensamiento–. Aquí estamos solos y no me apetece tener que silenciarte. Tengo dolor de cabeza. El viento frío siempre me da dolor de cabeza. Me sorprende que a ti no, yendo tan ligera de ropa en una noche gélida como esta.

Alex fue al instante consciente de su desnudez bajo los paños verdes. De sus pechos y vagina expuestos, de su pelvis ligeramente elevada en el aire y de sus pantorrillas, donde empezaba a tener calambres debido a la posición forzada.

«Patrick. Piensa en él o en cualquier otra cosa salvo en que estás aquí. Piensa en mamá, en el trabajo, en el paciente que ha fallecido hoy. En la gente que te cuidaría. Piensa, Alex. Razona con él. Conecta con su mente. Dile quién eres. Quién eras. Humanízate a sus ojos. ¿No es eso lo que se enseña en los libros de texto?». Había puesto en práctica muchas veces lo que había aprendido en ellos. Primera regla: reconocer la ira del paciente. Segunda regla: desactivarla.

–Me llamo Alex y soy doctora.

Él respondió con calma:

–¿Eres consciente de que tienes el útero en retroversión? He tenido que utilizar un espéculo curvo para extraerte el DIU.

Se lo quedó mirando perpleja, incapaz de articular palabra. Ya la había intervenido. Mientras estaba inconsciente, había estado hurgando en su interior.

«Piensa –se ordenó–. Piénsatelo con calma antes de que sea

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 12 5/4/23 16:48

demasiado tarde o todo esto acabe. Sé amable con él. Intenta caerle bien. Inténtalo, ¡joder!», se repitió con severidad mientras notaba la lengua gruesa y pesada en la boca.

–Gra-gracias por hacerlo. No todo el mundo sería tan considerado.

–De nada.

Su respuesta le infundió una brizna de esperanza. Estaba funcionando. Estaban hablando. Alex no había podido verle el rostro y probablemente él fuera consciente de ello. Podía decirle que no sabía qué aspecto tenía y que estaba dispuesta a olvidar lo que fuera que le hubiera hecho. Que no pasaba nada. Que podía marcharse.

–Me pregunto –tanteó con cautela– si me permitiría ir al lavabo.

–No es necesario. –Sus manos enguantadas desaparecieron bajo los paños verdes y le tocaron la piel desnuda. Se estremeció–. No te muevas –le dijo, mientras le palpaba el abdomen inferior–. Tienes la vejiga vacía. Te he sondado. Y la producción es buena.

–¿Por qué lo ha hecho?

–Cirugía mayor, Alex –respondió él, utilizando su nombre con la familiaridad de dos colegas que trabajan codo con codo–. Notarás dolor al orinar de forma normal durante un tiempo.

A su pesar, un hondo sollozo le agitó el pecho y el sonido de su llanto desesperado llenó la estancia.

–¿Qué me ha hecho?

–Ya te lo he dicho. No te ha pasado nada. Todavía. La decisión es tuya. Lo único que tienes que hacer es responder a esta sencilla pregunta: ¿qué significa «no»?

Sus pensamientos se dispersaron mientras intentaba entender el sentido de aquella pregunta. ¿«No» qué? ¿Acaso lo conocía? ¿Qué narices le estaba preguntando?

–Esto, por ejemplo. –Sostuvo en alto sus sandalias de color rosa pálido con tacón de aguja y delicadas tiras que ella sabía que excitarían a Patrick aunque fuera un calvario caminar con ellas–. ¿Significa esto «no»? ¿Y qué me dices de esto? –Le agitó sus medias sobre el rostro–. Está claro que esto no significa «no».

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 13 5/4/23 16:48

Cuando te he desnudado, no llevabas sujetador y con la tela de tus braguitas no podría hacerse ni un pequeño pañuelo de mano.

Notó sus tobillos tensar los estribos de cuero, que se ciñeron más al intentar juntar las rodillas. Entendía perfectamente lo que le estaba preguntando.

–Por favor –le suplicó–. No.

–Es una pregunta sencilla, Alex. Y creo que ambos sabemos lo que quieres decir cuando dices «no», ¿verdad?

El odio se impuso a su miedo y, por un momento, se sintió libre y valiente. Farfulló enfadada:

–No entiendo la pregunta, capullo. Y mis niveles de oxígeno están bajos por lo que me has dado. Tendrías que repasarte la lección en el libro. ¿Qué eres, un curandero fracasado? ¿Es eso lo que te pasa, imbécil?

Lo escuchó tomar aire, oyó el leve chasquido de contrariedad bajo la mascarilla.

–¡Menudo mal genio! Pues que sepas que no te va a servir de nada. Acabas de conseguir que me decida.

Se giró hacia un lado y acercó un carrito de acero inoxidable resplandeciente que contenía un abanico de instrumentos que Alex conocía bien. Gancho extractor de DIU, tijeras uterinas, un espéculo vaginal Cusco y, junto a ellos, una máscara anestésica. Se le puso el cuerpo rígido de miedo al ver que la agarraba. Era una Schimmelbusch. La única vez que Alex había visto una de aquellas máscaras había sido en una vitrina en el estudio de un anestesista jubilado. Le recordó al tipo de máscaras que se utilizan en esgrima, un dispositivo protector que cubría la nariz y la boca. Solo que aquella era una versión más cruda: del tamaño de un pomelo, consistía en una base de malla de alambre muy fina con gasa tejida en medio que el líquido anestésico impregnaba antes de que el usuario lo inhalara.

–Circuito abierto –dijo él con calma–. No hay nada que supere al método antiguo. Sin vías aéreas que insertar. Sin máquina anestésica que monitorizar. Simplemente, gasa y una máscara. Y gas, por supuesto, para dejarte las manos libres y poder ocuparte de otras cosas.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 14 5/4/23 16:48

La valentía de Alex se había esfumado. Su control se había desmoronado. Era imposible razonar. No tenía escapatoria. Podía hacerle lo que quisiera y ella no podría hacer nada por detenerlo. Se preguntó fugazmente si sería mejor morir en aquella mesa. Al menos así dejaría su vida atrás sin saber siquiera cómo había acabado.

–Por otro lado, si te dejo inconsciente, tú y yo no podemos hablar. Y nunca se sabe, tal vez podría necesitar tu ayuda si la cosa se pone peliaguda. Podría darte un espejo y tú podrías darme indicaciones si encuentro algún problema. Una vulvectomía puede ser un estropicio.

La respiración de Alex era demasiado rápida y demasiado superficial. Empezó a notar un hormigueo en la cabeza mientras mantenía la vista clavada en la máscara que aquel hombre tenía en la mano. No podía respirar. No podía hablar…

–Última oportunidad, Alex. Puedo hacértelo fácil. Un sueñecito, mientras yo hago aquello a lo que ambos sabemos que te gustaría decir que sí, y después a casa a soñar con los angelitos. Así que te lo preguntaré una vez más: ¿qué significa «no»?

Le empezó a temblar todo el cuerpo. Los músculos grandes de su pecho, sus nalgas y sus muslos se contraían sin cesar. Los bloques para sostenerle la cabeza y el collarín, las correas de los brazos y los estribos de los tobillos empezaron a agitarse visiblemente. Las lágrimas caían por su rostro, mezcladas con mocos y babas, y durante todo el tiempo ella gritó un tácito «no» mientras se obligaba a decir lo contrario en voz alta.

–Lo siento, no te he oído bien. –Le estaba poniendo difícil oír su voz. Había cambiado de opinión y la máscara ya le cubría la mitad del rostro y el líquido empezaba a hacer efecto.

–He dicho que sí –susurró ella adormilada–. «No» significa sí.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 15 5/4/23 16:48

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 16 5/4/23 16:48

Capítulo 2

Alex abrió los ojos. Estaba tumbada sobre una camilla, con una sábana blanca echada por encima y dos de sus colegas de pie a su lado, mirándola tranquilamente. Eran Fiona Woods, su mejor amiga y la enfermera jefe del área de urgencias, y Caroline Cowan, médico especialista jefe del mismo departamento. Ambas tenían una expresión similar, serena, y enseguida le sonrieron con ternura. Sabía exactamente dónde estaba, incluso el número del cubículo en el que se encontraba: el 9.

Vio en el reloj de bolsillo de Fiona que eran casi las dos de la madrugada. Ella había estado trabajando en aquel mismo departamento cinco horas antes, se había duchado aprisa en los vestuarios del personal, con el vestido colgado de una percha, listo para ponérselo, se había maquillado y se había perfumado. Hacía tan poco tiempo y todo había cambiado tanto… Su vida había pendido de un hilo. Si hubiera dicho que no, si se hubiera negado, si hubiera sido más valiente…

Cerró los ojos con fuerza, respiró honda y lentamente y, cuando estuvo lista, volvió a abrirlos.

–Hola, cielo –la saludó Caroline con voz afectuosa–. ¿Me puedes explicar qué ha ocurrido? Dime qué día es y dónde crees que estás.

Alex todavía no era capaz de responder a la primera pregunta. Se concentró en contestar la segunda y la tercera.

–Es domingo, 30 de octubre, y estoy en la ciudad de Bath, en mi propio hospital y en mi propio departamento.

Caroline volvió a sonreír.

–Así es, cielo, solo que es 31. Nos has dado un buen susto con esta tormenta tan espantosa. No ha parado de diluviar ni de soplar el viento. Nos has dado un susto de muerte. –Asintió de modo

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 17 5/4/23 16:48

tranquilizador–. Pero estás bien. Un par de rasguños en las rodillas y un chichón en la nuca, pero, por lo demás, estás bien. Menos mal que Patrick insistió en seguir buscando; de lo contrario, tal vez te estaríamos tratando de hipotermia. Yo te sugeriría que te quedes a pasar la noche. Te haremos un par de pruebas neurológicas. Estás un poco ausente. De aquí a un momento mandaré venir a alguien para que te chequee. Por ahora, quédate aquí tranquila. En menos que canta un gallo te habrás librado de ese collarín.

Lágrimas de alivio brotaron de los ojos de Alex; pestañeó para aclararse la visión. Las cejas rubias de Caroline se juntaron frunciendo el ceño. Parecía mayor de lo que era, con su robusto cuerpo y sus antebrazos fuertes y tonificados, no por el trabajo en la clínica, sino por los años que había pasado ayudando a su marido en la granja que tenían.

–Vamos, cielo, no llores. En un abrir y cerrar de ojos estarás sentada con una taza de té en las manos. Fiona, ve a buscar refuerzos. Vamos a acomodar a nuestra doctora preferida enseguida. Pero nada de hombres –advirtió Caroline a Fiona en tono amigable–. Estoy segura de que Alex no quiere que vean su precioso trasero.

Alex permaneció tumbada, completamente inmóvil. Se sentía exhausta y agradecía el pragmatismo y la cháchara despreocupada de Caroline. Ya gritaría luego. Ya aullaría hasta que le reventara la cabeza y se desplomara en el suelo. Por ahora, era mejor mantener la calma. Tenía que mantener la calma si quería ser de ayuda a la policía.

Fiona Woods regresó al cubículo acompañada de tres enfermeras.

–Yo le sujeto la cabeza –le dijo Fiona a Caroline.

Las otras enfermeras se colocaron a un lado de Alex y cada una colocó las manos sobre una parte de su cuerpo. La sujetaron con fuerza por el hombro, por la cadera y por la pierna. De pie, en la cabecera de la camilla, Fiona situó las manos a ambos lados de la cabeza de Alex mientras Caroline le aflojaba el collarín y retiraba los bloques de contención de la cabeza. La especialista jefe colocó con cuidado su mano en la nuca de Alex y, empezando por la base del cráneo, fue revisando la columna vertebral en busca de algún indicio de sensibilidad o deformidad.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 18 5/4/23 16:48

Notó a Alex hacer una mueca de dolor.

–¿Te duele aquí?

Alex hizo ademán de asentir, pero Fiona le ordenó que permaneciera quieta.

–¡Pero bueno…! ¡Sabes perfectamente que no tienes que moverte!

Le hablaba con la cara a pocos centímetros de la de Alex y el aliento le olía a tabaco. Era evidente que Fiona había recaído. Era una pena, porque le estaba yendo bien con los parches.

En los pocos minutos que siguieron, mientras la giraban sobre un lado y la colocaban en posición de inmovilización alineada, con la cabeza apoyada en las fuertes manos de Fiona, le comprobaron con cuidado el resto de la columna. Y, para acabar, en un momento humillante, sobre todo porque Alex conocía a todas aquellas personas, Caroline le introdujo un dedo en el recto para evaluar su esfínter. Y entonces todo acabó y una sonrisa de oreja a oreja cubrió el rostro de Caroline mientras volvían a tumbar a Alex.

–Estás bien, Alex. No necesitas usar el collarín. Voy a incorporarte un poco y te traeré esa taza de té. –Miró a Fiona–. Un par de paracetamoles no le harán ningún daño.

No cabía duda, Caroline Cowan era una maestra manteniendo la calma en una situación de crisis, el ritmo de sus acciones y el tono de su voz eran idóneos para mantener la histeria a raya. Estaba concediéndole a Alex tiempo para ajustarse a su situación, normalizándolo todo en la medida de lo posible para que pudiera afrontar mejor las situaciones desagradables que la aguardaban. Alex siempre la había admirado, y ahora la admiraba más que nunca. Se estaba asegurando de que Alex estuviera preparada.

Mientras las enfermeras que habían acudido a ayudar se marchaban del cubículo, Caroline se lavó las manos el lavabo. Le salpicó agua en la blusa y los pantalones verdes y bromeó, riendo, mientras cogía unas cuantas toallitas de papel del dispensador de la pared. Incluso entonces, su risa le indicó a Alex que se comportaba con naturalidad. Paso a paso. No había prisa. Estaba segura, y nadie iba a saltarse a Caroline.

–Dime, cielo, ¿tienes alguna pregunta?

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 19 5/4/23 16:48

Alex se mordió con fuerza el labio inferior para reprimir el torrente de lágrimas que pugnaba por salir de sus ojos. «Luego», se prometió. Lloraría después, en brazos de Patrick, solo en los suyos.

–La policía. ¿Ya habéis llamado a la policía? Tienen que bloquear todas las salidas. Y lo primero que hay que hacer es comprobar todos los quirófanos. Quiero que me hagan todo tipo de análisis: de VIH, de sífilis, de gonorrea, de embarazo, todos. Me da igual si les lleva toda la noche. Necesito saber qué me ha hecho.

La expresión de serenidad se había evaporado del rostro de Caroline, dejando paso a un gesto ceñudo, de preocupación.

–Pero ¿qué dices, Alex? ¿Por qué tengo que llamar a la policía?

Alex notó una sensación de fuerte latido bajo el esternón. Se le aceleró la respiración. Respiraba más fuerte. Y el temblor en sus extremidades hizo que la sábana con la que estaba cubierta cayera al suelo.

Su voz, según supo luego, se oyó en toda la planta. Por encima de todos los ruidos, de los gritos de dolor, confusión y miedo, del estrépito de los carritos en los que transportaban los tratamientos a los cubículos, de los veintitantos monitores que pitaban sonoramente en momentos distintos. Su voz, sus palabras, se impusieron a todo eso.

–Porque me ha violado.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 20 5/4/23 16:48

Capítulo 3

Cualquier caso de violación que se presenta en el área de urgencias se trata en la más estricta privacidad. En torno a la situación, se despliega todo un protocolo de silencio y dignidad. La enfermera encargada de atender a la paciente, el médico y la policía realizan su trabajo sin que ninguna otra persona del departamento tenga conocimiento de lo sucedido.

En el caso de Alex Taylor, no había ninguna persona en urgencias que no supiera lo que había ocurrido o que no hubiera oído lo que supuestamente había ocurrido. Incluso antes de concluir la exploración, había empezado a especularse acerca de qué había sucedido realmente. La mayoría se inclinaba por pensar que había sufrido un traumatismo craneal, confusión o una conmoción cerebral, quizá.

En la sala de reconocimiento, el médico forense y la detective no desconfiaban de aquella mujer desconsolada, ni ponían en duda que la hubieran violado, pero les costaba más dar crédito al resto de sus alegaciones. Solo Maggie Fielding se mantuvo neutral y objetiva y la atendió con profesionalidad mientras concluía el examen y escuchaba el largo relato de Alex Taylor. Y respondió enseguida a todas las preguntas de Alex.

–El DIU está en su sitio, Alex. No hay indicios de que te lo hayan extraído. Veo los hilos, todo parece normal.

Maggie Fielding aguardó al siguiente comentario de Alex. Mantuvo el contacto visual y no parecía tener prisa. Maggie era una mujer asombrosa, alta, esbelta y con fuertes extremidades. Tenía una espectacular cabellera de color chocolate que le llegaba hasta la cintura cuando la llevaba suelta.

El médico forense, que también era médico generalista, un

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 21 5/4/23 16:48

neozelandés llamado Tom Collins, la miró en todo momento con compasión. Abandonó la habitación mientras le realizaban el examen.

La hicieron despegar la pelvis de la camilla para poner debajo una toalla de papel y le peinaron el vello púbico en busca de posibles pruebas. Luego metieron la toalla, el peine y el vello en una bolsa de pruebas, la cerraron herméticamente, la firmaron, la fecharon y se la entregaron a la agente de policía. Le cortaron las uñas de las manos y las rasparon en una bolsa aparte. También le arrancaron cabellos de la cabeza. Escupió en un pote para esputos, y le tomaron un frotis interno de la boca, el ano y la vagina. Le extrajeron sangre. Alex observó a Maggie frotar una torunda en un portamuestras de vidrio, consciente de que lo examinarían en busca de esperma. Y, para acabar, le revisaron hasta el último centímetro del cuerpo en busca de posibles lesiones. Morados. Desgarros. Mordiscos o marcas de dientes que ayudaran a identificar a su agresor.

Maggie Fielding se apartó de ella y volvieron a hacer entrar a Tom Collins. Hacía apenas unas semanas, Alex había estado en el mismo lugar que ocupaba ahora Maggie, al lado del mismo hombre mientras este le sacaba sangre a una mujer a quien había agredido su novio. Entonces compartían el mismo estatus: ambos eran profesionales que cumplían con su deber, documentando y fotografiando los múltiples cardenales. En esta ocasión, al menos por lo que a él concernía, ella era la víctima y él era el profesional que desempeñaba su trabajo e intentaba disimular lo mejor que podía que la conocía personalmente.

–¿Le importa que repasemos lo ocurrido una vez más? –le preguntó la agente de policía.

Se había identificado con delicadeza como Laura Best y le había dicho a Alex que sentía lo sucedido y que podía prescindir de formalismos para dirigirse a ella, aunque ella sí le hablara de usted. No obstante, ahora Laura no parecía tan empática. Su rostro pecoso resultaba menos amigable. Y parecía un poco impaciente. Los cuatro llevaban en esa sala de exploración privada más de una hora y el calor y el aire viciado empezaba a hacer mella en ellos.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 22 5/4/23 16:48

Laura retrocedió varias páginas de su cuaderno de notas y empezó a leer.

–Recuerda caminar por el aparcamiento, notar un golpe en la nuca y luego una mordaza en la boca y posiblemente olor a gas. Después se despertó en un quirófano, atada y con las piernas en alto en unos estribos, con un hombre que fingía ser cirujano.

–No sé si fingía ser cirujano –le espetó Alex enfadada–. He dicho que iba vestido de cirujano.

Laura frunció brevemente los labios antes de continuar.

–Entonces ese hombre la amenazó con graparle los labios para que se callara, le enseñó una bandeja para instrumental médico y le dijo que le había extraído el DIU, que le había insertado un catéter y añadió que pretendía hacerle una operación, una vulvec… –No atinaba a decir la palabra.

–Una vulvectomía –respondió Alex impaciente–. Sí y sí y sí, a todo.

–A continuación le formuló una pregunta que le hizo pensar que tenía la intención de violarla, tras lo cual la anestesió.

–Sí.

–Y lo siguiente que recuerda es despertarse aquí, en su propio departamento.

–Sí.

–Y no puede describirlo ni reconocer su voz.

–No. Ya le he dicho que las luces del quirófano me cegaban. Vi una máscara de cirujano y también logré ver que llevaba puesta una bata quirúrgica. Pero su voz… era como si hablara a través de un sistema de megafonía, como si no estuviera a mi lado. Hablaba en inglés, pero tenía un leve acento estadounidense.

–Entonces ¿ese médico inglés y estadounidense le hizo todas estas cosas? Humm… Perdóneme, doctora Taylor, si sueno dura de mollera o quizá insensible, pero usted salió de aquí a las 21:30 h y la encontraron en el aparcamiento a las 01:30 h.

–¿Y eso qué importa?

–Pues que esas grandes agujas que describe, las agujas naranjas que le insertaron en ambos brazos… deberían haber dejado alguna señal de punción, ¿no es cierto?

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 23 5/4/23 16:48

–No me está escuchando. No ha escuchado lo que he dicho. Estaban ahí. Las vi. Es evidente que formaban parte de su plan para convencerme de que me había lesionado, para convencerme de que era incapaz de moverme. Todo eso estaba diseñado para que yo creyera que estaba indefensa y… accediera a dejarle hacerme lo que se proponía.

Una leve sonrisa curvó los labios de la agente. Miró a Tom Collins y a Maggie Fielding. Alex los vio intercambiarse rápidas miradas entre sí. Se enviaban mensajes con los ojos, excluyéndola. Aquel era un club privado donde solo se permitía el acceso a los profesionales, no a las víctimas.

–Si fuera una película, me daría bastante miedo –comentó Laura Best a punto de soltar una risita.

La ira hizo que Alex se levantara de la mullida camilla y se plantara, con los pies descalzos y una bata de hospital, a quince centímetros de la agente Best.

–¡Pues no es ninguna película, joder! Así que bórrese esa sonrisita de la cara. ¡No lo he soñado! Me han agredido. Me han secuestrado y, si no hubiera accedido a que me hiciera lo que quería, en este momento sería un cadáver en una morgue.

–Siento haberla disgustado. No negamos que haya ocurrido lo que cuenta –contestó, incluyendo a Tom Collins y Maggie Fielding en su afirmación–. Solo intentamos entenderlo. Tenía la ropa interior y los zapatos puestos. Y llevaba el vestido perfectamente abotonado. –Y luego dijo lo que de verdad pensaba y lo que era evidente que le había ocupado la mente durante toda aquella entrevista–. Sus colegas me han contado que ayer tuvo usted un día difícil.

Alex movió la cabeza con brusquedad al notar su tono cauteloso.

–No más de lo habitual. En urgencias todos los días son difíciles ¿o acaso no se ha dado cuenta todavía?

–Más de lo habitual, según tengo entendido. A menos, claro está, que cada día se le muera un bebé.

–Yo… yo… Ya estaba muerta cuando la trajo la ambulancia. ¡No había nada que pudiéramos hacer por esa niña!

–Creo que Alex ya ha tenido suficiente –intervino Maggie

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 24 5/4/23 16:48

Fielding–. Necesita descansar. Y, agente Best, la próxima vez que se presente un caso como este, opino que sería conveniente que la acompañara un agente más experimentado o, al menos, uno formado en delitos sexuales, como estoy segura de que le dirán cuando presente su informe.

Maggie Fielding no era la persona favorita de Alex cuando soplaban vientos favorables. Era una ginecóloga brillante, pero solía ser brusca en el trato. Pero en aquel momento Alex se alegró de su presencia.

–Quiero ver a Patrick. ¿Dónde está Patrick? ¡Necesito verlo!

Maggie Fielding asintió con la cabeza.

–Está aquí. Está esperando fuera.

–¡Pues quiero verlo! ¡Patrick! –gritó–. ¡Patrick!

Y finalmente, en brazos de Patrick, lloró.

Entre gritos incoherentes, le explicó la noche que había vivido. Ante el impacto de la noticia, Patrick reaccionó de manera explosiva y le exigió a Laura Best que encontraran a aquel hombre. Le exigió que solicitara refuerzos y le preguntó por qué no había visto a un pelotón de agentes registrando el hospital todavía. Fue la propia Alex quien lo frenó de salir corriendo él mismo, en plena noche, en busca de aquel hombre, agarrándolo con fuerza de las manos para que no se fuera y dejándole claro que necesitaba que se quedara con ella. En sus brazos volvió a sentirse lo bastante segura y serena como para quedarse finalmente dormida.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 25 5/4/23 16:48

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 26 5/4/23 16:48

Capítulo 4

Laura Best estaba de pie junto a Patrick Ford. A pesar de haber pasado la noche velando la cama de su novia, Patrick seguía bien peinado y lucía un aspecto lozano. Y, a juzgar por la intensidad de su mirada, estaba listo para volver a interrogarla. Pero tendría que esperar, porque era el turno de Laura. Entre la presión para que encontrara a aquel hombre disfrazado de cirujano y la voluntad de consolar a su novia, la noche previa la agente no había tenido oportunidad de tomarle declaración.

Acababan de recorrer el aparcamiento y le había indicado dónde él y el guardia de seguridad habían hallado a Alex y dónde tenía él estacionado el coche. Estaba a apenas unos vehículos de distancia y, pese a ello, no la había visto. Su explicación para ello era comprensible. Había llegado, la había esperado un rato, había entrado en urgencias a buscarla y allí le habían dicho que Alex se había marchado quince minutos antes. Él pensó que habría ido a su casa en taxi porque había llegado tarde a recogerla, así que había regresado para comprobarlo y luego había vuelto al hospital para iniciar la búsqueda.

–¿Por qué se retrasó? –le preguntó Laura.

Patrick Ford se encogió de hombros.

–En realidad, no lo hice. Me refiero a que no llegué tarde si tenemos en cuenta cuánto tengo que esperarla normalmente. Nunca sale del hospital a la hora que le toca. Acabé una operación un poco tarde, unos cinco o diez minutos, soy veterinario, pero no me preocupé demasiado porque, como le he dicho, Alex siempre sale tarde. Llegué aquí hacia las nueve y cuarenta o diez menos cuarto.

–¿Y a qué hora regresó para empezar a buscarla?

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 27 5/4/23 16:48

–Debían de ser las once. Se tardan unos veinte minutos de aquí a mi casa y otros veinte de vuelta. Y me quedé en casa un cuarto de hora, más o menos, esperando a ver si aparecía.

Laura pareció sorprendida.

–¿Y cómo puede ser que tardaran tanto en encontrarla?

–Supongo que un buen término para describirlo sería «ineptitud» –respondió él irritado–. Al principio solo miramos entre los vehículos. Luego pasamos un rato buscándola por el hospital, comprobando las consultas para ver si estaba atendiendo a algún paciente. Y, de hecho, cuando la encontramos, no resultaba fácil verla, porque estaba tumbada bajo los árboles y era noche cerrada.

–¿Cómo se encuentra esta mañana? ¿Ha contado algo más?

Él negó con la cabeza.

–Aún está dormida.

–¿Tiene alguna idea de qué sucedió?

Patrick levantó la cabeza sorprendido.

–¿A qué se refiere?

Laura se encogió levemente de hombros.

–A si ha pensado algo acerca de anoche…

–¿Pretende decirme que no la cree? –preguntó él con tono desafiante.

–No sé qué pensar. Me sorprende mucho lo que he oído. Pero no he dudado ni por un instante de lo que Alex me ha explicado.

Patrick la perforó con la mirada.

–Doy por supuesto que han empezado a buscar a ese hombre, ¿no es así? Que al menos han comprobado la historia que cuenta Alex.

Laura asintió con la cabeza con determinación.

–Por supuesto. Hemos buscado en todos los quirófanos, en las instalaciones y hemos hablado con el personal de quirófano. Y, por supuesto, acaba usted de acompañarme al sitio donde la hallaron. El viento agitó con fuerza las ramas que había sobre ella. Hay restos de tierra y trozos de ramas, algunos bastante pesados, todo alrededor. Es probable que recibiera un golpe en la cabeza y perdiera el conocimiento.

–¿Pretende decirme que pudo dejarla inconsciente una rama

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 28 5/4/23 16:48

de un árbol? –preguntó él sin rodeos–. No es lo que ella dice que ocurrió, ¿no es cierto?

Laura apretó los labios un instante.

–¿Y si tuvo un día traumático? Según me han explicado, ayer falleció un bebé. ¿No puede ser que eso afectara a su estado mental?

Patrick Ford entrecerró los ojos.

–¡Su estado mental! Espero de veras que no esté insinuando usted que la doctora Taylor es una desequilibrada, porque le aseguro que no es así. Paso mucho tiempo con ella, no vaya por ahí. Si hay alguna otra explicación, será una causa física. Conmoción cerebral, probablemente. Y, sí, posiblemente una rama le golpeara la cabeza. –Evaluó con la mirada fríamente a la detective–. Pero hasta que no hayan agotado todas las posibilidades de localizar a ese hombre, espero que acepte lo que le ha explicado como la verdad. Y si no tenemos nada más de lo que hablar, estoy impaciente por saber cómo se encuentra.

Laura sonrió con satisfacción mientras él se alejaba, dándole la espalda. Un poco engreído para su gusto. Guapo y bien vestido, aunque más para las finanzas que para el trabajo que hacía, y muy seguro de sí mismo. Pero no era alguien que a ella pudiera gustarle. Con todo, su reunión había ido bien y ella había conseguido hacerse una composición mental de quién estaba dónde y cuándo en el momento del supuesto secuestro. La doctora Taylor obviamente había estado mucho rato en el aparcamiento. Si su novio hubiera llegado a tiempo, nada de aquello habría ocurrido. Y Laura Best no se habría pasado la noche poniendo patas arriba el hospital. No permitiría que dijeran que no se había tomado el asunto con seriedad; ella era una profesional.

Al mirar a Patrick a los ojos la mañana siguiente, a Alex le preocupó lo que él pudiera pensar. Lo encontró sentado junto a su cama al despertarse. Patrick le agarró una mano entre las suyas. En sus iris de color azul intenso, Alex vio su amor, su comprensión, su preocupación por lo que sabía que ella debía de estar pasando… y algo más. Escindida de todas las demás emocionas, sola al margen de todo, entrevió duda.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 29 5/4/23 16:48

Al principio se limitó mirarla en silencio. La miró a los ojos, se inclinó hacia delante y le dio un beso en los labios. Una presión suave, un segundo de calidez y consuelo, y acto seguido se enderezó en su silla y esperó a que fuera ella quien hablara.

–Al final no nos bebimos el champán –dijo ella.

Él sonrió brevemente.

–Está en la cubitera.

–A estas alturas, los cubitos de hielo se habrán de derretido. Y la etiqueta se habrá empapado y se habrá despegado.

–Pero seguirá sabiendo igual de bien. Y, además, puedo comprar otra botella.

Ella entrelazó sus dedos con los de él y los presionó suavemente.

–¿Cómo está mi madre?

–Probablemente preguntándose si vamos a ir a comer. Estará desesperada por hablar sobre los últimos detalles de la boda.

Alex hizo un mohín de dolor. Era la boda planificada con más antelación de la historia. Su hermana, Pamela, finalmente se había decidido por un sitio, un vestido, un fotógrafo, las flores y su única dama de honor. Alex había dejado en sus manos la elección del vestido de dama de honor. Tras probarse más de una docena y escuchar las exclamaciones varias de Pamela y su indecisión, porque todos eran tan bonitos, Alex había tirado la toalla. No podía invertir todos sus días de fiesta en ir de compras.

–Me refiero a cómo ha encajado esto.

Patrick le soltó las manos y juntó las yemas de sus dedos.

–No lo sabe. He creído que era mejor que se lo explicaras tú. A plena luz del día. Bueno…

Alex se sentó de golpe, escrutando con atención la expresión de él.

–¿Bueno qué, Patrick?

Él movió la cabeza a lado y lado.

–Nada, solo que quizá hoy te sientas distinta, que tengas otra perspectiva de las cosas. Anoche me diste un susto de muerte, cariño. Nunca he sentido más alivio que cuando te encontramos. Hacía un tiempo inclemente… Podían haberte atropellado, o podrías haberte muerto ahí fuera de frío.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 30 5/4/23 16:48

Volvió a notar el temblor con el que ya se estaba familiarizando. Ahora Alex ya identificaba qué se lo producía. El pánico. Pánico no solo por lo que había ocurrido, sino por no ser creída. Se clavó las uñas recién cortadas en las palmas de las manos y se esforzó por permanecer quieta.

–¿Dónde me encontrasteis?

–En el aparcamiento.

–Pero ¿en qué zona del aparcamiento?

–En la zona de atrás. El guardia de seguridad y yo te encontramos tumbada en la hierba, bajo unos árboles. Habían caído un par de ramas cerca y creemos que una de ellas tal vez te golpeara en la nuca.

–Entiendo. Así que eso es lo que creéis, ¿eh?

Patrick guardó silencio un momento.

–No. Bueno… sí, es posible que una rama te golpeara en la cabeza, pero eso no significa que no me crea el resto de lo que pasó. Mira, Caroline Cowan te ha reservado una cita para hacerte un TAC cerebral. Creo que es buena idea. No sabemos la fuerza con la que te golpearon en la cabeza. Pero creemos que estuviste inconsciente durante más de tres horas, y eso es mucho rato para estar ahí fuera, con el frío que hace.

–¿Qué piensan los demás, Patrick? ¿Qué está haciendo la policía?

–Lo han buscado, pero aún no hay rastro de él. Si quieres que te diga la verdad, cariño, los he visto más hablando con tus colegas que buscando activamente a ese hombre. No creo que den mucha credibilidad a lo que has contado que sucedió. Todo el mundo está preocupado, por supuesto, pero no creo que la policía te crea.

Dicho lo cual, se detuvo, despejándole a Alex toda duda acerca de lo que se rumoreaba: o tenía daño cerebral o había perdido la cabeza.

–¿Y tú? ¿Tú me crees?

Patrick se levantó de la silla, se apoyó en el borde del colchón, la abrazó y le susurró al oído:

–Por supuesto que te creo.

Retrocedió para que le viera la cara y a Alex le pareció que la duda que creía haber divisado antes había desaparecido de sus ojos.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 31 5/4/23 16:48

–No tengo motivos para no creerte. ¿Cuándo me has mentido tú?

Alex volvió a descansar en sus brazos. Se había acostumbrado a sentirse segura con aquel hombre. La intrigaba y la desafiaba en igual medida. Su pasión por la cirugía veterinaria era equiparable a la que ella sentía por la medicina humana. Era ambicioso y determinado, una potente combinación en alguien que, además, tenía el aspecto de un modelo. Se habían conocido gracias a la pasión de él por el *rugby*. Durante un partido, Patrick había acabado en urgencias con una sospecha de fractura en el tobillo. No fue amor a primera vista. De hecho, a ella le había parecido un incordio al principio. Tenía unos conocimientos en medicina equiparables a los de ella y había dictaminado los términos de su tratamiento al detalle, hasta que Alex lo había puesto en su sitio y le había dicho que la doctora era ella y que sería ella quien decidiera si usaba muletas o no. Al día siguiente llegó al departamento un ramo de flores no demasiado imaginativas para ella, y luego la invitó a tomar una copa.

Al abrazarlo de nuevo, sintió ansiedad. Sentía muchísimo dolor y nunca se había sentido tan sola. Le costaba digerir que no la creyeran. Sobre todo la policía. El balón de helio que flotaba a su lado le deseaba «Recupérate pronto» en una nota adhesiva pegada a la cuerda, y la reconfortó pensar que seguramente Fiona se lo había birlado a un paciente mientras dormía. Pero ¿recuperarse de qué? ¿De un golpe en la cabeza? ¿De un día duro en el trabajo? ¿De verdad creían que se había inventado algo así?

Volvió a separarse de él, lo miró fijamente a los ojos y le dijo sin rodeos:

–Hay un asesino suelto. No es solo un violador. Ese tipo es un sádico, un enfermo. Necesito que creas que lo que ocurrió anoche no es producto de mi imaginación ni me lo provocó un golpe en la cabeza. Me raptaron, Patrick, y me ataron a una mesa de quirófano, y lo único que me ayudó a no perder la cordura fue pensar en ti. Te digo que no estuve varias horas inconsciente en el aparcamiento. Caí en las manos del malnacido más aterrador que hayas podido imaginar. ¿Y sabes qué es lo que más me duele? Que la policía no lo esté investigando como es debido, que no

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 32 5/4/23 16:48

admitan que algo así haya podido ocurrir. Pero me haré ese TAC cerebral y así podremos llegar a la conclusión más evidente: que he perdido la chaveta.

Insistió en quedarse con ella mientras le hacían el TAC. Protegido por el delantal de plomo, le había sonreído mientras desaparecía en el túnel.

Patrick había bombardeado a preguntas al radiólogo, convencido de que un traumatismo reciente en el cerebro podía resultar indetectable transcurrido tan poco tiempo tras el incidente. «Un accidente vascular cerebral no siempre se muestra, a menos que haya habido una hemorragia», argumentó. «Repetir la prueba al cabo de unos días sería lo indicado», sugirió. El radiólogo respondió pacientemente a todas sus preguntas. Señaló que el escáner de Alex no solo era normal, sino que el TAC no detectaba ni siquiera un pequeño morado en el cerebro. Alex estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la decepción en el rostro de Patrick. Era evidente que quería que hubiera una causa distinta a lo que en realidad había ocurrido. Pero ¿quién podía culparlo por ello? Sería mucho más fácil de aceptar.

Patrick tenía los hombros tensos y el radiólogo enseguida se dio cuenta de ello. Alex le tenía aprecio a Edward Downing; lamentaría cuando se jubilara a finales de año. Era de la vieja escuela, un hombre encantador y alegre, muy educado siempre, y probablemente uno de los mejores radiólogos del país. Rio con cordialidad y le guiñó el ojo a Alex.

–Por supuesto, esto no descarta que haya perdido la cabeza.

–Por supuesto que no –respondió Patrick secamente, antes de ver la consternación de Alex–. Lo digo en broma.

Ella le apretó la mano como gesto de agradecimiento, incapaz de reunir las fuerzas para hablar. Lo superaría. Tenía a Patrick y a Fiona, y a Caroline, por supuesto. No estaba sola en aquella pesadilla.

Al salir del hospital acompañada de Patrick a primera hora de la tarde, él le explicó su plan. Ya tenía el visto bueno de Caroline Cowan y se había despejado la agenda en el trabajo contratando a un interino. Se irían de vacaciones. Una semana. A algún lugar

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 33 5/4/23 16:48

donde hiciera calor y pudieran tumbarse en la playa, beber cócteles hasta morir y comer comida deliciosa hasta reventar. Un lugar donde ella pudiera recargar las pilas. En su frágil estado, a Alex le costaba entender por qué todo el mundo tenía tanta prisa por quitársela de en medio. ¿No tenía que estar localizable por si la policía quería interrogarla nuevamente o por si arrestaban a aquel individuo? En circunstancias normales, cuando se cometía un delito, las víctimas no se iban de vacaciones, ¿no? Y ese, sospechaba, era precisamente el motivo por el que todo el mundo se mostraba tan complaciente: porque no creían que se hubiera cometido ningún delito. No creían que fuera una víctima.

NEWTON_COMPTON_No_te_despiertes_PRINT.indd 34 5/4/23 16:48